

rio. Cediendo á una de aquellas pasiones que elevan ó humillan demasiado, Austria y Francia se volvian á colocar en la situación anterior al tratado de Westfalia. Sucedia una dominación á otra, se creaba un peligro para desvanecer los últimos restos de un temor. La pasión hacia que se desatendiese la seguridad. Esto debía comprenderse ántes que en ninguna otra parte en Inglaterra, donde es posible cambiar de sistema segun las circunstancias, y que tiene siempre á mano un partido que adoptar. En efecto, Inglaterra dió un nuevo giro á los acontecimientos.

Desde 1688 estaban al frente del gobierno los whigs, manteniéndose allí por la necesidad de defender á la nueva dinastía de los ataques de la destronada estirpe de los Estuardos, que protegía Luis XIV, y de sostener en el continente el partido protestante contra aquel jefe demasiado poderoso del partido católico. Despues de la paz de Ryswick y del segundo tratado de división, cesando de ser útil, estuvo próximo á caer; pero la guerra de Sucesion impidió su caída, ó mejor dicho, le puso de nuevo en pié. Continuó gobernando hasta que fué preciso asegurar el triunfo de la liga, y destruir las esperanzas de los Estuardos juntamente con el poder de Luis XIV; conseguido este objeto, su misión estaba terminada; no era ya necesario al país, había cansado á la reina Ana, y así cayó con el ministro Godolphin y con el general Marlborough.

Este cambio de política tuvo apariencia de un capricho de corte; pero era una necesidad, no un accidente. Era preciso pasar de la guerra á la paz, y de consiguiente de los whigs á los torys. Este cambio se hizo aun mas indispensable por la muerte del emperador José y por la exaltación del archiduque Carlos al trono imperial. Si aquel príncipe dueño de los Estados austriacos y emperador de Alemania, hubiese sido tambien rey de España, habría reunido en su persona el formidable poder de Carlos V. Así la humillación de Luis XIV y la exaltación del archiduque produjeron una gran mudanza en la fortuna.

Las conferencias para la paz, que no lograron feliz éxito en la Haya, fueron trasladadas secretamente á Londres. En vez de tratar con las potencias unidas, Luis XIV negoció separadamente con cada una y sacó mayores ventajas. Sin embargo, al buen resultado de las negociaciones no contribuyeron solo el triunfo de los torys y el natural temor que debía engendrar un poder excesivo en manos del nuevo emperador, sino que lo facilitaron las victorias alcanzadas por su nieto en España contra los confederados.

Felipe V, movido del afecto que mostraron hacia él los Españoles, y por su propia obstinación, no había querido nunca renunciar á sus derechos. Dos veces fugitivo de Madrid, jamás desesperó de su fortuna. Dos veces fué vuelto á conducir á su capital; en 1707 por el duque de Berwick, despues de la victoria de Almansa, y en 1710 por el duque de Vendôme, despues de la de Villaviciosa. Esta última vez entró definitivamente, y Felipe V recobró poco á poco todo su reino.

Los preliminares de Londres, firmados el 8 de octubre de 1711, constituyeron el tratado separado entre Francia é Inglaterra, y acabaron con la liga, la cual trató en vano de impedirlo. El ejemplo de Inglaterra fué seguido por Holanda, y á los cuatro meses, los preliminares de Londres sirvieron de base á las negociaciones de Utrecht, que principiaron en febrero de 1712. Ántes que fueran llevadas á cabo por el célebre tratado de su nombre, la victoria de Denain contribuyó á darles algun lustre, comunicando cierto aire de gloria á aquel retorno de fortuna.

En este tratado, celebrado el 11 de abril de 1713, se estableció como una de las reglas fundamentales del derecho europeo la perpétua separación de las dos monarquías de Francia y España. Esta perdió los Países Bajos, el reino de Nápoles, los puertos de la Toscana y el ducado de Milan, asignados al emperador: la Cerdeña fué concedida al elector de Baviera

en indemnización de sus Estados; la Sicilia, dada al duque de Saboya, quien conservó ademas á Exilles, Fenestrelle y el valle de Pragères, que había quitado á Francia. Los Holandeses obtuvieron la famosa barrera con tal ardor reclamada, y á la cual Luis XIV cedió las fortalezas de Menin, Tournai, Furnes, Furnes-Ambacht, Knoeke é Ipri. Los Ingleses adquirieron de España á Gibraltar y Menorca, y de Francia la bahía de Hudson, la Acadia, la isla de San Cristóbal y Terranova; ademas Luis XIV se obligó á cegar el puerto de Dunkerque, reconoció la sucesion protestante, y expulsó al pretendiente.

El emperador, á quien el mariscal de Villars tomó las plazas de Landau y Friburgo, no tardó en verse tambien precisado á firmar estas condiciones.

Por los tratados de Rastadt y de Baden, consecuencias del de Utrecht, aceptó en 1714 la parte que le había sido señalada, y tuvo la Cerdeña en cambio de la Baviera, que devolvió al elector. Pero si bien lo mas importante de las contestaciones sobre la sucesion de España se había arregado en Utrecht y Rastadt, quedaron algunos puntos litigiosos que encendieron de nuevo la guerra entre el rey católico y el emperador.

Estos puntos no se decidieron hasta la celebración de los tratados de Viena en 1731 y 1738. Por el primero, se asignaron al infante Don Carlos, hijo de Felipe V, los ducados de Parma y de Plasencia, y se le aseguró el de Toscana. Por el segundo, en cambio de aquellos tres ducados se le concedió el reino de las Dos Sicilias, donde mandó su posteridad, como rama separada de la casa de Borbon. Tal fué el último arreglo tocante á la sucesion de España; y al cabo de dos años se verificó la sucesion de Austria, que produjo nuevas combinaciones y guerras. No obstante esto, el Mediodia de Europa continuó hasta 1789 rigiéndose por el tratado de Utrecht, y con pocas excepciones, aun se rige en el día.

Así terminó aquella larga contienda que ocupó el fin de un siglo y turbó el principio de otro; que dió á España una dinastía continental y la privó de todas las posesiones que le quedaban todavía en Europa; que limitó la Francia en Utrecht, como la paz de Westfalia había limitado al Austria; que acabó, haciéndose una division, como había propuesto cada uno cuando la prudencia imponía silencio á la ambición, y que equilibró en todas partes el poder de las casas de Austria y de Francia, obligándolas á respetarse y respetar á los demas Estados. Los que trataron de oponerse á este desenlace necesario al reposo general, fueron arrastrados á consentirlo por la fuerza de los acontecimientos. Luis XIV, queriendo poseerlo todo, estuvo á pique de quedarse sin nada; sus enemigos, queriendo quitarle todo, hubieron de restituirle lo que le había arrebatado la fortuna. Conservó las provincias que estaba resignado á ceder; vió la triste palidez de sus últimos días iluminada por algunos rayos de gloria; y cuando, despues de haber concluido aquel grande y postrer negocio de su reinado, murió, la corona de Francia pasó tranquilamente de la frente del anciano monarca á la cabeza del niño, único resto de su posteridad.

Este último acto de la lucha que había empezado dos siglos ántes entre Francia y España, confirmó el triunfo del pueblo, cuya ventajosa posición y permanente actividad de espíritu le aseguraba la superioridad sobre el otro: triunfo que provino de la omnipotencia de las causas generales, aunque á primera vista se le creyese ocasionado por las causas secundarias de sucesion y dinastía. El derecho de Francia respecto de España pareció tan natural que todos lo reconocieron: cuando llegó el momento de la sucesion, el último descendiente español de Carlos V se la dejó por entero.

El establecimiento de un príncipe frances en la Península proporcionó á esta la amistad de Francia,

y le hizo adoptar sus miras. El pacto de familia inspiró la misma política á dos países que Luis XIV había querido un día colocar bajo la misma corona: mantuvo la seguridad del uno y contribuyó á la regeneración del otro. Obedeciendo á esta influencia, la España, en ménos de un siglo, mejoró su agricultura, restauró su marina, reorganizó su ejército, dobló su población. Sin embargo, el cambio no fué completo; se detuvo en la superficie y no penetró en las entrañas del país. Pero cuando la autoridad real acabó de constituir á Francia, cuando la unidad monárquica la condujo á la unidad nacional, cuando salió de las ruinas de lo pasado con un nuevo espíritu, y cumplió su gran revolucion para adaptar su gobierno á su estado social, fué á renovar y extender en España con la acción de sus ideas el movimiento que le había impreso un siglo ántes con la introducción de su dinastía.

MIGNET.

(H) pág. 777.

FENELON Á LUIS XIV.

La siguiente carta al rey Luis XIV debió llegarle anónima y hacia el año 1695. Publicóla primeramente d'Alembert en la *Historie des membres de l'Académie française*, tomo III, p. 331, atribuyéndola á Fenelon; pero se dudaba de su autenticidad. Se adujo como testigo el autógrafo; pero no fué esto suficiente para desvanecer todas las dudas. De todos modos la damos á luz con motivo del cuadro que hace de la situación de la Francia.

« Señor :

Quien se toma la libertad de escribirnos esta carta ningún interés tiene en las cosas del mundo. No le mueven la envidia, ni la ambición, ni el deseo de mezclarse en los negocios importantes. Os ama sin seros conocido, y respeta á Dios en vuestra persona. Con todo vuestro poder no podéis darle ningún bien que él desee, ni hay mal alguno que no esté dispuesto á sufrir de buen grado para haceros conocer las verdades necesarias á vuestra salvación. Si os habla con energía, no lo extrañéis, porque la verdad es enérgica y libre. Vos no estáis acostumbrado á oírlo, y las personas avezadas á la adulación toman fácilmente por envidia, por aspereza, ó por exceso, lo que no es mas que la verdad sencilla. Sería hacerle traición no manifestároslo en toda su latitud. Dios es testigo que el que os habla lo hace con el corazón lleno de celo, de respeto, de fidelidad y de entusiasmo por todo lo que pertenece á vuestro verdadero interés.

Nacisteis, Señor, con un corazón recto y justo; pero los que os educaron, solo os presentaron como ciencia de gobierno la desconfianza, la emulación, el alejar de vos la virtud, temer todo mérito señalado, apreciar á los hombres dóciles y aduladores, la altanería y el cuidado por vuestro solo interés.

Por espacio de treinta años vuestros primeros ministros destrozaron y derribaron todas las antiguas máximas del Estado, á fin de que llegase á su mayor altura vuestra autoridad, que llegaba á ser la suya, porque estaba en sus manos. Ya no se habló del Estado ni de sus constituciones, sino solo del rey y de su voluntad. Se aumentaron al infinito las rentas y vuestros gastos: os elevaron al cielo para eclipsar, decían, la grandeza de todos vuestros predecesores, es decir, para empobrecer á la Francia entera, introduciendo en la corte un lujo monstruoso é incurable. Quisieron elevaros sobre las ruinas de todas las condiciones del Estado, como si pudieseis ser grande arruinando á vuestros súbditos, sobre quienes está fundada vuestra grandeza. Es verdad que vos habéis sido celoso de vuestra autoridad, tal vez demasiado,

en las cosas exteriores; porque en el fondo cada ministro era el dueño en la extensión de la parte de administración que le estaba confiada. Habéis creído gobernar porque habéis fijado los límites entre los que gobiernan; pero ellos mostraron su poder al público que lo sentía demasiado; duros, orgullosos, injustos, violentos, de mala fe, sin conocer mas reglas para la administración interior del Estado, ni para los negocios exteriores que amenazar, oprimir y aniquilar al que se resistía. Solo os hablaban para quitaros todo mérito que pudiese hacerles sombra; os han acostumbrado á recibir continuos elogios exagerados hasta la idolatría, y que por vuestro honor deberíais haber rechazado con indignación; hicieron odioso vuestro nombre y la nación francesa insoportable á sus vecinos; no se conservó un solo aliado, porque solo se querían esclavos, y de este modo produjeron mas de veinte años de sangrientas guerras. Por ejemplo, os hicieron emprender en 1672 la guerra de Holanda por vuestra gloria y para castigar á los Holandeses por algunas burlas con que manifestaron su disgusto de que se hubiesen alterado las reglas de comercio establecidas por Richelieu. Cito especialmente esta guerra, porque fué el origen de todas las demas y no tuvo otro fundamento sino un motivo de gloria y de venganza, el cual jamás puede justificarse: de aquí resulta que todas las fronteras que habéis extendido por medio de esta guerra, son injustamente adquiridas en su origen. Es verdad, señor, que los subsiguientes tratados de paz, parece que cubren y reparan esta injusticia, atendiendo á que os cedieron las plazas que habíais ocupado; pero una guerra injusta no deja de serlo porque haya sido afortunada. Los tratados de paz firmados por los vencidos no se firman libremente; se suscriben con el cuchillo á la garganta y con pesar por evitar mayores pérdidas, como se entrega la bolsa á quien intima que le demos esta ó la vida. Conviene, pues, señor, que os remontéis hasta esta guerra para examinar ante Dios vuestras conquistas.

Es inútil decir que fueron necesarias á vuestro Estado. Jamas nos es necesario lo que los demas poseen; lo que es verdaderamente necesario, es observar una exacta justicia, y no se puede sostener que tengáis derecho á retener ciertas plazas porque aseguren vuestras fronteras. Esta seguridad debéis procurarla con buenas alianzas, con la moderación, ó con plazas que podáis fortificar en el interior de vuestro reino: en fin, esta necesidad de vigilar por vuestra seguridad, jamás os da un título para apoderaros del territorio de vuestro vecino. Consultad á quien sepa y quiera manifestaros la verdad sin rodeos, y os la dirá.

Esto basta, señor, para que reconozcáis que habéis pasado toda vuestra vida fuera del sendero de la verdad y la justicia, y por consiguiente fuera del del Evangelio. Las miserables turbulencias que han desolado la Europa durante veinte años, tanta sangre derramada, tantos escándalos cometidos, tantas provincias saqueadas, tantas ciudades y aldeas reducidas á cenizas, son las funestas consecuencias de esta guerra de 1672, emprendida para vuestra gloria y para confundir á los gaceteros de Holanda y á los que en aquel país acuñaban medallas. Examinad con personas honradas y que no os adulen, si podéis conservar lo que poseéis á consecuencia de los tratados que obligásteis á firmar á vuestros enemigos con una guerra tan mal fundada.

Ella es tambien el manantial de los males que pesan sobre Francia. Despues de esta lucha quisisteis siempre dictar la paz como señor, é imponer las condiciones, en vez de regularlas con equidad y moderación, y por esto la paz no podía ser duradera. Vuestros enemigos, vergonzosamente oprimidos, solo pensaron en armarse de nuevo y reunirse contra vos. Y no es extraño. Vos tampoco os ceñisteis á los límites de la paz que ha-

biáis dado con tanta altanería. En plena paz hicisteis la guerra y prodigiosas conquistas: establecisteis la cámara de las anexiones para ser juez y parte, añadiendo el insulto y la irrisión á la usurpación y la violencia. En el tratado de Westfalia, os valisteis de términos ambiguos para sorprender á Estrasburgo, cuando jamas ninguno de vuestros ministros se nadia atrevido en tantos años á alegarlos en ninguna negociación, para manifestar que tuviérais la mas mínima pretension sobre aquella ciudad. Semejante conducta indignó á toda Europa y la reunió contra vos; aquellos mismos que no se atrevían á levantar su visera, deseaban impacientemente vuestra decadencia y numillación como único medio de salvar la libertad y el reposo de las naciones cristianas. Vos, señor, que pudisteis adquirir tanta gloria sólida y plausible, haciéndoos padre de vuestros súbditos y árbitro de vuestros vecinos, habéis venido á ser enemigo comun de vuestros vecinos y os han expuesto á parecer como amo duro en vuestro reino.

El efecto mas extraño de estos malos consejos fué la duración de la liga contra vos: los aliados deseaban mas bien sostener una guerra con pérdidas que concluir una paz con vos, porque su propia experiencia les habia demostrado que esta paz no sería verdadera, que vos no la observaríais mejor que las otras y que os serviríais de ella para abatir separadamente y sin trabajo á cada uno de vuestros vecinos, despues de desunidos. Cuanto mas valiente aparecíais tanto mas os temen y se reunen para evitar la servidumbre de que se creen amenazados. No pudiendo venceros, se proponen á lo ménos sujetaros con el tiempo: en fin, solo esperan tener con vos seguridad, reduciéndoos á la impotencia de perjudicarlos. Colocáos, señor, por un instante en su lugar, y comprenderéis lo que vale el haber preferido las ventajas propias á la justicia y á la buena fe.

Entretanto vuestros pueblos, que deberíais amar como hijos y que hasta ahora os han tenido el mayor cariño, mueren de hambre; el cultivo de las tierras está casi abandonado; las ciudades y campiñas despobladas; decaen las manufacturas y no proporcionan su alimento á los operarios, y todo comercio está aniquilado. Habéis, pues, destruido la mitad de las fuerzas efectivas en el interior de vuestro Estado para hacer y sostener vanas conquistas en el extranjero. En vez de sacar dinero de este pobre pueblo, convendría darle limosna y alimentarlo. Toda la Francia no es ya mas que un gran hospital desolado y sin provisiones; los magistrados están envilecidos y exhaustos; la nobleza, cuyos bienes están todos en decretos, solo se mantiene con las letras que le da el Estado y os véis importunado por una multitud de personas que piden y murmuran. Vos mismo, señor, os habéis atraído estos disgustos porque habiendo sido arruinado el reino, todo lo habéis reunido en vuestras manos y nadie puede vivir sino de vuestros dones. Ved este gran reino, tan floreciente bajo el gobierno de un rey que se nos pinta cada dia como la delicia del pueblo, y que lo sería realmente si consejeros aduladores no le hubiesen envenenado.

El pueblo mismo (es necesario deciroslo todo) que tanto os amó, que tanto confió en vos, comienza á perder la amistad, la confianza y hasta el respeto; vuestras victorias y conquistas no le alegran, porque está lleno de amargura y desesperación. La sedición se enciende poco á poco en todas partes; creen que no tenéis compasión de sus males, que solo amáis vuestra autoridad y vuestra gloria. Si el rey, dicen, tuviese corazón de padre respecto de su pueblo, ¿no pondría su gloria mas bien en darle pan y procurar que respirase despues de tantos males que en conservar algunas plazas fronterizas que han sido la causa de la guerra? ¿Y qué se les responde, señor? Las conmociones populares desconocidas por tanto tiempo van siendo frecuentes: Paris mismo, que está tan cerca

de vos, no está libre de estos alborotos; los magistrados se ven obligados á tolerar la insolencia de los revoltosos y á hacer que se les distribuya bajo mano algun dinero para aquietarlos, pagando á los que deberían castigar. Vos estáis reducido á la deplorable é inmoral extremidad de dejar impune la sedición y aumentarla con semejante impunidad, ó destrozard cruelmente á los pueblos á quienes habéis reducido á la desesperación, arrebatándoles con vuestros impuestos para esta guerra el pan que ganaron con el sudor de su frente.

Mientras que ellos carecen de pan, vos carecéis de dinero y no queréis ver el extremo á que estáis reducido: como siempre habéis sido feliz, no podéis imaginaros que podáis cesar de serlo: teméis abrir los ojos, teméis que os los abran y teméis veros reducido á desmembrar la mas mínima parte de vuestra gloria. Esta gloria que endurece vuestro corazón, os es mas apreciada que la justicia, que vuestro reposo, os es mas apreciada que la conservación de los pueblos que perecen diariamente por las enfermedades producidas por el hambre; y sin embargo, vuestra salvación eterna no es compatible con este ídolo de la gloria.

Ved aquí, señor, en el estado en que os halláis: Vivís con una funesta venda en los ojos; os lisonjeáis con las prosperidades diarias, que nada deciden, y no dirigís una mirada general al conjunto de los negocios que decae insensiblemente y sin remedio. Mientras que en un terrible combate os apoderáis del campo de batalla y de la artillería del enemigo (1), mientras que rendís las plazas, no pensáis que combatis sobre un terreno que se hunde bajo vuestros piés y que caéis á pesar de vuestras victorias.

Todos lo ven y nadie se atreve á hacérselo ver: tal vez lo veréis demasiado tarde. El verdadero valor consiste en no fascinarse y tomar un partido resuelto para remediar las necesidades. Vos, señor, solo prestáis oídos á los que os lisonjean con vanas esperanzas: y huiis y teméis á las personas que creéis de una virtud mas sólida. Convendría que procuráseis encontrar la verdad, y como rey obligar á las gentes á que os la dijese sin rebozo y animar á los tímidos; pero vos por el contrario solo tratáis de no descubrirla. Dios, sin embargo, sabrá arrancaros muy pronto la venda que cubre vuestros ojos y mostráros lo que no queréis ver. Hace mucho tiempo que tiene levantado su brazo sobre vos, pero va á heriros lentamente porque tiene piedad de un príncipe que ha estado toda su vida rodeado de aduladores, y porque por otra parte la tienen tambien vuestros enemigos. Pero sabrá separar la causa justa de la vuestra que no lo es, y humillaros para convertiros; porque solo sabréis ser Cristiano cuando estéis en la humillación. Vos no amáis á Dios; solo le teméis con un temor servil; teméis al infierno, no á Dios. Vuestra religion solo consiste en supersticiones y en pequeñas prácticas superficiales: sois como los Judíos, de quienes dice Dios: *Mientras me honran con los labios, su corazón está lejos de mí* (ISAÍAS, XXIX. 13); sois escrupuloso en cosas mezquinas y duro en los males terribles. Solo amáis vuestra gloria y vuestra comodidad, todo lo referís á vos mismo, como si fuérais el Dios de la tierra y todo lo demas hubiese sido criado para seros sacrificado. Al contrario, Dios solo os ha puesto en el mundo para vuestro pueblo. — Pero ¡ay! vos no comprendéis estas verdades. ¿Y cómo os han de ser agradables cuando no conocéis á Dios, no le amáis, no le rogáis de corazón y nada hacéis para conocerlo?

Vos tenéis un arzobispo corrompido, escandaloso, incorregible, falso, maligno, artificioso, enemigo de toda virtud y que hace gemir á las personas honra-

(1) Alude á las batallas de Steinkengue en 1692 y de Nerwinde en 1693, en las que la victoria se redujo á tomar el campo y los cañones del enemigo.

das (1); todo se lo toleráis, porque solo trata de agradaros con sus adulaciones; hace veinte años que, prosiguiendo su dignidad, goza vuestra confianza; vos le sacrificáis las personas mas eminentes, le dejáis tiranizar á la Iglesia, y ningun prelado virtuoso es tratado como él.

Vuestro confesor (2) no es vicioso; pero teme á la virtud sólida; solo ama á las personas profanas y relajadas, celoso de su autoridad que vos habéis extendido mas allá de todo limite. Jamas los confesores del rey habian nombrado por sí solos los obispos y decidido toda suerte de negocios de conciencia. Solo vos, en Francia, ignoráis que nada sabe, que su entendimiento es muy limitado y grosero, lo que no quita que tenga sus artificios. Los mismos Jesuitas le desprecian, indignados al verle tan propenso á dejarse llevar de la ridícula ambición de su familia. De un religioso hicisteis un ministro del Estado, que no entiende mejor á los hombres que á las demas cosas; es el reclamo de quien le adula ó le hace pequeños regalos. No vacila, no duda sobre ninguna cuestion difícil: en los asuntos que un hombre sabio y rectísimo no se atrevería á decidir por sí solo, él solo teme tener que deliberar con personas instruidas. Marcha siempre atrevidamente, sin temor de perderos, y siempre será su tendencia á la relajación y á manteneros en la ignorancia, y no conformará sus resoluciones con las reglas sino cuando tema disgustaros. De este modo un ciego guia á otro ciego, y ambos caerán en la fosa. (MATH., XV, 14.)

Vuestro arzobispo y vuestro confesor os metieron en las dificultades de los asuntos de la regalia y os pusieron en mal estado con Roma, dejándoos arrastrar por Louvois en el de San Lázaro (3); y os hubieran dejado morir sin reparar tal injusticia, si Louvois hubiese vivido mas.

Se habia creído que vuestro consejo os sacaría de aquel falso sendero, pero no tiene fuerza ni vigor para el bien. Á lo ménos la señora de Maintenon y el doctor de Beauvilliers debían valerse de la confianza que depositáis en ellos para desengañaros, pero su debilidad y timidez los deshonran y escandalizan á todos. La Francia toca á su término, ¿y qué aguardan para hablar francamente? ¿que todo se haya perdido? ¿Temen disgustaros? pues no os estiman, porque es preciso estar dispuestos á sufrir la cólera de quien se ama, mas bien que adularle ó hacerle traición en el silencio. ¿De qué sirven esos hombres, si no os manifiestan que debéis restituir los países que no os pertenecen; preferir la vida de vuestros pueblos á una gloria engañosa; reparar los males que hicisteis á la Iglesia y pensar en llegar á ser verdadero Cristiano antes que la muerte os sorprenda? Sé muy bien que hablándoos con esta cristiana libertad se corre peligro de perder el favor del rey, ¿pero vuestro favor es mas apreciable que vuestra salvación? Sé tambien que es necesario compadeceros, consoláros, aliviáros, habláros con celo, dulzura y respeto; pero en fin conviene deciros la verdad. ¡Ay de aquellos que no os la dicen! y ¡ay de vos si no sois digno de oírla! Es vergonzoso que goceen por tanto tiempo vuestra confianza sin fruto: deberían retirarse, si sois muy receloso y si solo queréis aduladores á vuestro lado. Tal vez preguntaréis, señor, qué es lo que os deben decir. Deben haceros presente que es necesario humillarse bajo la mano potente de Dios, si no queréis que Él os humille; que conviene pedir la paz y expiar

(1) Francisco de Harley de Champrallon.

(2) El padre La Chaise.

(3) Habiendo renunciado su órden el gran maestre de la órden de San Lázaro, ofreció esta categoría á Luis, que no creyendo conveniente aceptarla, nombró á Louvois vicario general, el cual cometió los actos mas arbitrarios, sin intervención de la autoridad eclesiástica, de modo que despues fué preciso anularlos.

con esta vergüenza aquella gloria que fué vuestro ídolo: que conviene rechazar los injustos consejos de políticos aduladores; en fin, que es necesario para salvar el Estado restituir á vuestros enemigos cuanto ántes las conquistas que no podáis retener sin injusticia. ¿No es una gran fortuna en medio de vuestras desgracias que Dios haga concluir las prosperidades que os ofuscaban y os obligue á hacer restituciones esenciales para vuestra salvación, á las cuales jamas os habríais podido resolver, hallándoos en un estado pacífico y triunfante? Quien os dice estas verdades, señor, lejos de ser contrario á vuestros intereses, daría su vida por veros cual Dios os quiere, y no cesa de rogar por vos. »

(A) pág. 789.

ELECCION DE CONTI PARA REY DE POLONIA.

La correspondencia que con motivo de aquel uso medió entre Luis XIV y el cardenal de Polignac, nos pone al corriente del enorme grado á que se habia llevado la corrupción en la elección de los reyes de Polonia. Al fin parecieron triunfar los manejos de Francia, y el dicho Polignac y Chateauf que dirigian la intriga, refieren de este modo al rey la elección de Conti:

28 de junio.

El mártir próximo todos los palatinados se reunieron en el campo electoral, en número de ciento cincuenta mil hombres, y el palatinado de Plosk fué el primero en lanzar el grito de *Viva Conti*. Otros le imitaron, los suficientes para que nuestros amigos no creyeran excederse si hacian que el cardenal le nombrase, á pesar de los opositores, hallándose los votos restantes divididos entre la casa real, Neuburgo y Lorena; mas á fin de no dar ningun paso contra la regla, que previene se verifique el nombramiento tan solo el último dia, y con la esperanza de ganar durante la noche á los que nos quedaba que atraer á nuestro partido, se dejó para el dia siguiente.

Aquella noche fué nuestra ruina; pues el castellano de Culen, uno de nuestros mas íntimos confidentes, se dirigió á nuestros enemigos, cuya inflexibilidad respecto de nosotros le constaba, y trató en secreto á favor de Sajonia, habiendo ellos aceptado, primeramente por despecho de ver que nuestra facción habia destruido la suya, y segundo, para crearse un mérito con el elector, apareciendo como los primeros que so declaraban por él.

En efecto, al dia siguiente le propusieron. La novedad de este candidato, hasta entonces desconocido á la nobleza, hizo que desde el principio circulase su nombre entre todos los palatinados: se presentó un testimonio del obispo de Javarin diciendo que el elector, pariente suyo, habia abjurado en sus manos el domingo último de la Trinidad. El nuncio tuvo la impudencia, por no usar de otra expresion mas dura, de apoyar semejante aserto, certificando por escrito que la firma del mencionado obispo era verdadera, sin añadir que se necesitaban otras pruebas de conversión en materia tan importante. Pronto se publicó que Roma respondia de su Catholicismo, que la Iglesia no podia hacer mejor adquisición, que habia algo de milagroso en promoción tan imprevista, para no ver en ella el dedo de Dios.

Se agregaba á esto el artificio de nuestros enemigos, los cuales propalaron falsamente la especie de que nuestros palatinados mas celosos se habian declarado en su favor: para abreviar, le creímos rey durante seis horas.

Pero nuestros amigos, irritados con la traición del castellano de Culen, que se servía del señor de Sajonia para destruir al príncipe de Conti, en vez de re-

servarle el segundo puesto, según se hallaba estipulado, quisieron matarle, y empezaron á abrir los ojos á la nobleza sobre la sorpresa que se quería usar respecto de ella, manifestando que la primera ley fundamental del reino era que el rey y la reina fuesen Católicos; que la esposa del elector había sido siempre calvinista; que al elector, cuando mas, solo podía considerársele como un Católico oculto, y en consecuencia impío, pues no hacía profesion de fe en un país donde ejercía el poder absoluto; que era cosa inaudita el que, entre tantos candidatos, se eligiese á un Aleman.

Engendröse de aquí division; veintiocho palatinados ó tierras se declararon á favor del príncipe de Conti; y aguardábamos solamente el momento en que debía nombrársele, cuando oímos decir que la eleccion se había vuelto á aplazar, porque el cardenal quería que fuese unánime.

Se pasó toda la noche sin moverse del asiento, para evitar la interrupcion, pues la Dieta no debe durar mas que seis semanas. Aquella noche perdimos una parte de algunos palatinados, porque nos escaseaba el dinero y los adversarios lo tenían en abundancia; y al día siguiente era tal el equilibrio de las fuerzas que se necesitó celebrar una conferencia, en la cual nuestros enemigos manifestaron, por medio de sus diputados, hallarse dispuestos á renunciar á la casa real y á los Alemanes, con tal que se renunciase á elegir al príncipe de Conti, añadiendo que era un partido muy razonable el de renunciar á siete candidatos, pidiendo lo mismo tocante á uno solo. En aquel instante se supo la desercion del gran general Sapiha, cuya casa había recibido de nosotros 80,000 escudos, esto es, 15 mas de lo estipulado, y que era el único con quien contábamos para oponer á los tres que estaban contra nosotros: todos nuestros amigos quedaron consternados y pensaron al momento en Baden.

Para poner á los otros en mal lugar, les propusieron al Señor de Baden, seguros de que el castellano de Cracovia no le aceptaría; y obrando así, separaron de él algunos palatinados que se reunieron á los nuestros, con lo que, viendo que teníamos veintinueve, se creyó no deber retardar mas el nombramiento.

Sabedores de esto los otros, permanecieron fieles á Sajonia, como el único que los podía sostener, por la facilidad de entrar desde luego en el reino contropas; y el obispo de Cuyavia le nombró en el campo, ántes que el cardenal nombrase al suyo en el Kolo, irregularidad triplicada.

Nuestra eleccion fué seguida del *Te Deum* en San Juan, y de las salvas de artillería, de modo que se hizo con todas las formalidades necesarias.

Todo esto, señor, hemos conseguido, no obstante la oposicion de los tres generales y la infidelidad del cuarto.

En suma, monseñor el príncipe de Conti ha salido electo por las tres cuartas partes de la república; la otra cuarta parte eligió en su desesperacion á un príncipe cuyo nombramiento no podía preverse, capaz de oprimir la religion y la libertad.

Vuestra Majestad deberá juzgar que nos ha costado no poco trabajo conseguir esto, y que ha habido que emplear muchos artificios para persuadir á nuestros amigos de que los millones librados sobre Danzik eran verdaderos, y estaban destinados á sostener la division y la próxima venida del príncipe de Conti. Tratarémos de mantenerlos en esta misma esperanza, tomando dinero á préstamo en todas partes; será un milagro que consigamos librarlos de llegar á la prueba. Impedir que sea coronado Sajonia, hallándose á las puertas del reino, es imposible si no tenemos dinero para hacer que se reuna el ejército bajo el mando de algunos de nuestros jefes, pues que todos los generales nos son contrarios.

(L) pág. 822.

GOBIERNO DEL DUQUE DE OSUNA.

Por mucha que sea la exageracion, que haya siempre lugar de suponerse en quien actualmente está sufriendo, el siguiente documento, no obstante, pondrá de manifesto, no tanto la malignidad del duque de Osuna, como el triste estado de un gobierno que hasta tal punto dejaba que se desconocieran las reglas ordinarias. Por otra parte, el diario de Zazzera que repetidas veces hemos citado en el texto, valdría mas que todo para retratarlo.

Peticion al rey de España, en 1620, tocante al infortunado y peligroso término á que se hallan reducidos la ciudad y el reino de Nápoles.

I. Se ha perdido el respeto á Dios y á la religion; con la introduccion de nuevas sectas se vive con libertad de conciencia; se procura por medio de la violencia, del temor ó interes hacer perder la reputacion á las casas principales, y tambien violar los monasterios de las monjas. Va dejándose el frecuente uso de los sacramentos; en la capilla real ya no se oye misa, ni queda en ella ejemplo de Cristiandad, y no se trata mas que con terceros y bribones.

II. En semejantes casas están reinando costumbres estragadas, y lo mismo sucede en público con escándalo universal. Llegan las cosas á tal punto que en medio del mar, dentro los carruajes de muchos, en medio de los caminos, se encuentran por la noche y ven cosas tan repugnantes y horrendas que estamos temiendo todos que se abra la tierra.

III. Ayer por la mañana, á la vista de los dignatarios y ministros, por el barrio de la Audiencia, entraron dos andas (*sillas de manos, literas*) con cuatro mujeres. Los portadores las encerraron públicamente en el pórtico, con complicidad y escándalo notable; y corre la voz de que se está haciendo una mina oculta para ir al convento, á un monasterio de monjas con intenciones péfidas, y cualquiera que se resista, es víctima de la persecucion como si hubiera cometido un crimen de lesa majestad.

IV. Van perdiéndose el amor y el respeto debidos á nuestro rey, tanto por la tirania del que gobierna como por lo que en público y entre los ministros se está diciendo en desprecio de su real nombre. Cierta día, particularmente, se juntaron el colateral y la justicia sumaria, y tratándose de la ruina y destruccion de este reino, con motivo de la libertad que se da á los soldados, que no había expediente ni medio alguno de remediar aquella especie de peste (que tan crecido es, y va creciendo cada día mas), respondió: que le tenía mas cuenta granjearse la benevolencia de la soldadesca, por cuyo medio habría él hecho temblar al rey, y le hubiera obligado á obrar á su antojo, que no le tocaba á él la conservacion del reino de Nápoles, que no debía caer en herencia á su hijo.

V. Se toman informes de los hombres mas ricos y acomodados, para con falsos testimonios quitarles los bienes, como se está viendo todos los días con espanto universal de las gentes, y se va en busca de pretextos y calumnias para oprimir á los que no quieren sentir en tamañas maldades.

VI. Se hace públicamente ostencion de haber dado la muerte á sus semejantes, por el mero hecho de haberse opuesto á sus caprichos, y especialmente de haber hecho morir en tiempo del conde de Lemos á un alférez español, que vino de Sicilia á Nápoles; y estos días pasados se encontró serrado y partido por medio á un chiquillo de la marquesa de Campolattaro, y va su autor jactándose de ello, lo mismo que si hubiera medido lanzas con el gran señor

en una liza, por la gloria de Dios y de su rey; y apuran todos los medios para infundir miedo y pavor, y hace ver que puede él impunemente quitar la vida y los bienes.

VII. Tenemos el reino lleno de capitanes de guerra, y un príncipe de Conca por visitador general de las milicias y del reino de Nápoles, y al marques de Campolattaro con una compañía de soldados de á caballo, y al marques de Santa Agata con letras patentes y abiertas, saqueando y arruinando el reino, para poder con la sangre de tantos huérfanos, pobres viudas y desgraciados súbditos del reino remunerarles y remediar la mengua y vergüenza que están sufriendo, dando á cada uno de ellos, y á escondidas, cien ducados por día. Y lo que es mucho peor, es que han impuesto contribuciones y derechos de entrada tan gravosos como si fueran cada uno de ellos un rey dentro de su reino: cosa que jamas permitió el rey para su propio servicio sin que lo consintieran expresamente los pueblos mismos, reunidos en parlamento y junta general: por manera que ni se ve ni se oye mas que invocar á Dios, pidiendo justicia.

VIII. Durante un año y mas ha mantenido el marques de Arena una compañía de caballería, con la misma asignacion de cien ducados por día, y ademas, con la contribucion de otros mil quinientos por mes, y hace poco tiempo que lo ha reformado (el duque), y á sus bigotes le dijo en público que le constaba muy bien que había ahorrado cuarenta mil ducados, y que por ciertas buenas consideraciones había dejado de castigarle.

IX. Todas las plazas de gobierno están repartidas entre licenciosos, terceros y otros del mismo jaez; y como no bastan, todos van buscando para sí nuevos oficios y nuevos despachos: y si la universalidad y los concejos van á pedirle justicia y misericordia, les hace meter en una galera; por manera que no queda esperanza mas que en Dios.

X. El patrimonio real está en todo y por todo exhausto y perdido, conforme ha podido echarse de ver con los presupuestos de la real cámara, y todos los días se va arruinando y destruyendo mas y mas, sin ninguna especie de reforma, ni esperanza de remedio; no considerando que el patrimonio que tiene Vuestra Majestad en este reino, no lo saca de minas de oro y plata, ni tampoco de una pesquería de perlas, como los de las Indias; sino que es únicamente la sangre humana, que se concede al rey para el sostén de su monarquía y del reino mismo, y no para que se disipe y desperdicie en disoluciones y en ofensas de Dios y de Su Majestad.

XI. Va arruinándose el comercio, sucediendo que todos cuantos mercaderes hay van retirando sus efectos y mercancías, y las sacan del reino por temor de la violencia que se les hace, mayormente en este último secuestro que se ha hecho sufrir á las naciones extranjeras.

XII. Hay confusion en todo el órden del gobierno, pues no hay oficio que se cumpla por su camino acostumbrado; y esto no es mas que para sacar provecho de la confusion y meter las manos en todo, sin que pueda conocerse nada; y así violadas las leyes y las pragmáticas van á quedar sin fuerza, excepto sin embargo las que se hacen súbitamente, á las cuales se da cumplimiento por medio de la violencia é injusticia sin el dictamen del colateral ó de nadie mas; y á nadie se hace gracia, excepto á las recuestas de sus favoritos, y otros tristes y malvados; y ya no se halla notaría de tribunal, ó tesorería, ó cámara de cuentas en el reino; todo queda apagado y confuso.

XIII. Los tribunales de justicia pueden ser llamados de injusticia y de carga; pues habiendo ocurrido aquel desconcierto y desórden de bienes, de vida y de honor, ella se concede ó se rehusa, según lo exijan los intereses. Se ven salir de la cancellería ó notaría las órdenes mas extravagantes que sea posible ima-

ginarse, y como él ve la injusticia que se comete, para no verse en la precision y necesidad de corregirla, tiene cerrada la puerta de la audiencia; dándola únicamente paseando y andando cuando sale por la sala de abajo hasta el cuerpo de guardia; tratando tan mal á todos que ningun hombre honrado y de calidad tiene valor para hablarle.

XIV. Se ve echada y arrastrada la nobleza por los corredores del palacio con un desprecio que no es de creer ni imaginar; y á los que esperan poderle hablar, se escapa haciendo una zalameria, corriendo por medio de todos, haciendo poco caso de nadie: los hombres bajos é interesados le soportan en vista de sus intereses; pero los caballeros honrados se ven en la necesidad de correr otra vez á palacio, y de pasar por todas aquellas indignidades; pues si le da á aquel hombre la humorada de perseguirles, ¿quién habrá que quiera encargarse de protegerles?

XV. Se ha ido de la ciudad la mayor parte de la nobleza, pareciéndoles que quedarse con él era poner en peligro su honradez. Ningun mercader tiene en su tienda artículos del día, mayormente los plateros, los comerciantes y los tejedores de tela de oro; pues les toman con violencia las mercancías, sin pagar jamas á nadie, y esto mismo se practica con los comestibles.

XVI. En toda la ciudad no se ve mas que gente sublevada y amotinada: llegando las cosas á tal punto que todo el pueblo se ha provisto de armas para lo que podría suceder; y ya empezó á haber algun rumorillo cuando ocurrió el alboroto del 3 de octubre. Y ademas, al ver que se quitaban impunemente los bienes, la vida y la honra, echan las gentes grandes gritos peor que si fueran unos desesperados, que solo aguardan que haya quien se ponga á la cabeza para pillar lo restante. Si sucediera esto, (lo que no permita Dios por su infinita bondad), se vería por estos caminos y calles correr la sangre (y la sangre de los mas fieles vasallos que tenga el rey), con la obligacion de defender á su capitan general.

XVII. Se ven despojados de armas todos los castillos y las fronteras del reino, y de la mejor y mas florida artillería que tiene la monarquía; y esto nada mas que para armar un galeon, el cual con la menor borrasca y accidente puede ir en hora mala, y así quedar extinguida la defensa y la conservacion del reino. Se ve á la gente por las calles con la vista y la cara bajas, quejándose y llorando el honor y la fama perdida: por manera que por todas partes no se oye hablar mas que de Nápoles infame, Nápoles cubierta de mengua y vergüenza, Nápoles perdida.

XVIII. Se ve á la nacion española desconsiderada lo mas que se puede y despreciada, y tratada no solo con palabras indignas, sino tambien con hechos, por haber echado de su territorio y desterrado de ella á la mayor parte de sus vecinos, y mandado á galeras un número infinito, dándoles el título de traidores é infieles, y tambien haciendo mas caso de la nacion francesa, apreciándola y valiéndose de ella ántes que de la española, de modo que á este punto ha llegado á parecer despreciable. En otro tiempo la nacion francesa era la que estaba proscrita; pero ahora parece que cometen algun delito los que tratan ó hablan con Españoles.

XIX. Tal y tan grande es la extravagancia de este gobierno, que todos no están aguardando mas que su fin; y cuasi la mayor parte están diciendo que, como se esté el reino desguarneciendo de artillería, y la nacion española va tambien perdiendo su fama y reputacion, á lo que lleguen á sublevarse los extranjeros y sediciosos del reino y los antiguos devotos de la corona de Francia, y como á cada instante y fuera de propósito sale él hablando de esto, hace ver que está aspirando él á hacerse rey del reino. Con todo jamas ha entrado en mi ánimo aquella opinion ni puedo imaginarme que tal sea su pensamiento, no